

Subversiones palestinas

Lina Meruane

Discurso escrito para la ceremonia de recepción del Primer Premio Anual del Instituto Chileno Árabe de Cultura. Santiago de Chile, 6 de agosto de 2015.

Buenas tardes, o noches.

Quisiera empezar por agradecer a los miembros del Instituto Chileno Árabe de Cultura y a su jurado por la concesión de este premio que me honra y emociona. Agradecer en particular a Guillermo Cumsille, presidente del Centro y amable emisario de las buenas noticias, agradecer a sus hijos por ponerle música a esta ceremonia, y agradecer a Faride Zerán por sus siempre brillantes y generosas palabras.

Le debo un agradecimiento también público a mis queridos editores: a Melanie Josch, quien me instó (o desafió) a completar la primera versión de *Volverse Palestina* con el ensayo *Volvemos otros*, y a Vicente Undurraga, quien me acompañó en las revisiones finales con el entusiasmo de un converso.

En esta lluviosa tarde o noche chilena me emociona la compañía de mis padres, Jorge Meruane Sabaj y Lina Boza Costagliola, quienes han sido mi gran apoyo además de personajes de este libro, me contenta la presencia de mis hermanos, cuñadas, primas, tíos y tías, y de amigos y amigas –entre ellas la escritora Alia Trabucco Zerán, quien me prestó, desde Londres, mientras yo escribía en Nueva York, sus sagaces ojos palestinos–. Me alegra muy especialmente contar, en esta ahora noche de temporal, con José del Valle: mi compañero de la vida, de la letra, y de estas causas compartidas.

Entiendo que es la primera vez que se otorga esta distinción y admito que me sorprendió su anuncio, no solo por ser yo una palestina a medias y una chilestina que vive hace tantos años fuera de Chile, sino, además, por ser yo una escritora no tan vieja, todavía –y digo esto porque se suele recordar a las escritoras cuando están a punto de desaparecer y lo señalo también porque el mundo árabe porta la triste fama de excluir a sus mujeres.

El premio me llegó, entonces, como un anuncio sorprendente y casi diría como un hecho *subversivo* si no fuera porque la palabra *subversión* está asociada tan negativamente a lo palestino.

Pero *quiero* calificarlo de *subversivo*, este premio, a este libro.

Quiero usar la *palabra subversión*, quiero redimirla de sus negativas resonancias y ponerla en nuestro vocabulario como una señal esperanzada *contra* la violencia.

No pretendo negar que por mucho tiempo –el tiempo eterno de la *nakba*, de expropiaciones sucesivas, de exilios impedidos de retorno, de crímenes caídos en la más espantosa impunidad; el tiempo indefinido de la detención, el tiempo del incesante asesinato de niños palestinos– que por décadas, *repito*, nuestra gente ha vislumbrado en la subversión armada un modo de respuesta a la desposesión y la degradación, una

manera de hacer oír la voz de una palestinidad históricamente condenada a soportar su dolor en silencio.

Entiendo que la violencia fue una acción desesperada, un estallido de indignación colectiva, pero sé también que esas armas y esas bombas acabaron por dispararse contra los propios palestinos. Vinieron a *confirmar* la idea, simplificadora y manipulada, de que *en verdad* los palestinos y los árabes éramos rebeldes sin causa legítima, bárbaros, irracionales, desalmados terroristas.

El nocivo efecto mediático de las intifadas lo comprendieron los más hábiles pensadores y políticos palestinos del presente, y han propuesto otro estilo de subversión exigiendo el boicot intelectual, la desinversión económica y la sanción política de los organismos internacionales. Ese modo de afrontar el estado actual de las cosas palestinas no carga en su conciencia con la vida de nadie y en la última década ha sido la estrategia más efectiva para inclinar al mundo a nuestro favor.

Pero no voy a detenerme en *esas* subversiones-exentas-de-pólvora (el boicot, la sanción, la desinversión) ni tampoco en los valerosos actos cotidianos de resistencia pacífica que protagonizan tantos pueblos ocupados; voy a hablarles de algo que me resulta más cercano: de cómo descubrí, escribiendo mi libro palestino, la carga subversiva que contienen las palabras.

Mi *volverme palestina* comenzó con ellas.

Fueron las palabras de imprevistos emisarios que se cruzaron por mi camino las que me empujaron a desviar mi hasta entonces cómodo recorrido hacia la tierra de mis abuelos –esa tierra a la que ellos no pudieron regresar, esa tierra que mi padre no ha visitado, esa imagen petrificada en la memoria familiar–.

Luego apareció un verbo, *regresar*, y se instaló, inamovible, en mi relato.

Yo no contaba que iba a *viajar*, o a *visitar* ese lugar en el que nunca había estado. Yo decía, *me decía*, sorprendida por mi propio decir, *voy a regresar* a Palestina.

Y tracé así las primeras líneas de lo que sería mi libro, *cito*: “Regresar era el verbo que me asaltaba cada vez que yo imaginaba la posibilidad de Palestina. Me decía: no será un volver sino apenas un visitar una tierra en la que nunca estuve, de la que no tengo ni una sola imagen propia. Lo palestino había sido siempre para mí un rumor de fondo, un relato al que se acude para salvar de la extinción un origen compartido. No sería un regreso mío. Sería un regreso prestado, un volver en el lugar de otro”.

Regresar se volvió la palabra que articularía mi lento *Volverse* (o volverme) *Palestina: regresé* en bus a Belén y a Beit Jala, *regresé*, en mi cabeza, a las infancias interrumpidas y a las iglesias que se quemaron con las actas bautismales dentro, al largo periplo en barco y al cruce cordillerano *regresé*, y a San Felipe con los míos, en auto, a la casa ya ruinoso de mis abuelos, a los cartelitos de las calles que llevan en Chile nombres nuestros, a los olvidos del detalle, al rumor, a los álbumes de fotos en sepia, y *regresé*, aun después, a los mapas y a la historia (árabe, judía, otomana, inglesa), a los diccionarios, a los nombres cambiados, un poquito –*shuai shuai*–, a apellidos que, como el mío, acaso no sean más que la traducción falsa de un nombre impropio.

No era cualquier palabra, *regresar*. No nombraba la agónica nostalgia por una identidad deslavada que se debe salvar de la ruina sino que señalaba la travesía hacia un pedazo de

lo propio, entendido, lo propio, como un compromiso con el presente del que yo haría posesión efectiva.

Empuñar el *regreso* se fue volviendo, así, en mi escritura, un acto de letrada insurrección: se oponía a la versión del origen que utilizó el sionismo europeo para negar el legítimo volver de los palestinos.

Me había bastado, y debo decir *sobrado*, llegar a la frontera para comprender el sentido subversivo de ese regresar: mi chilenidad se vio de inmediato opacada por lo que hasta ahí había sido una difusa palestinidad.

Fui reconocida, aislada, interrogada, empiluchada, hostilizada como la sospechosa palestina en la que a partir de entonces me volvería, porque bajo el fiero ojo sionista entendí mi apellido como una exagerada e imborrable cicatriz.

Afirmo, sin embargo, que *vol verme palestina* no se lo debo a los sionistas.

Yo me volví definitivamente quien soy al tomar notas mentales y escritas de los pueblos arrasados que visité, de las casas convertidas en muñones, o extirpadas, o aplastadas por los asentamientos.

Me hice palestina al observar las ventanas tapiadas, los mercados clausurados, la invisibilización de los palestinos en sus propias existencias.

Comprendí que no solo era difícil vivir ahí siendo palestino, lo era aun más esa invisibilidad, la tachadura, una vida sin nombre.

En los meses que siguieron, conmovida para siempre e indignada, me propuse buscar las decenas de palabras que encubrían la realidad palestina intentando hacerla desaparecer.

Una a una deposité palabras sobre la página (las silenciadas, las prohibidas palabras). Rescaté la *limpieza étnica* y la *nakba* cuya conmemoración sigue siendo ilegal. Subrayé *segregación* en la llamada “única democracia de Medio Oriente”. Acentué *apartheid* para iluminar una situación repudiable que no se ha repudiado, como debiera. Anoté *muro de concreto* y lo opuse a la ligereza de sus eufemismos, *valla de seguridad*, *cercos divisorios*. Y repasé la contradicción migratoria de tantos palestinos viviendo en limbos de cemento que no son *barrios árabes* sino que eternos *refugios*.

Vol verme palestina implicó aceptar que la frágil memoria de mis y nuestros abuelos vive asediada y sometida a poderosos discursos oficiales; que sus y nuestros relatos han sido negados por el ocupante o desacreditados por la historia; que el lavado de lenguaje auspicia el lento acto de desaparición de una palestinidad que continúa ahí, de pie, resistiendo.

Mi mandato palestino ha consistido en *recuperar* las palabras perdidas y denunciar el uso de esas otras, opresivas, en darle continuidad a lo nuestro acá y allá.

Ese es el acto de mayor *subversión* que yo haya emprendido nunca, intentar rescatar la verdad palestina de las cosas, *su versión*, la nuestra.

Muchas gracias.